

## A la búsqueda de un tiempo de lectura

MARIO  
PARAJÓN

Encontrar a una tía de Proust fuera de sus novelas —en *Sobre la lectura*, editorial *Pre-textos*—, puede ser todo un acontecimiento en nuestra vida de lectores. La tía en cuestión no está muy segura de sí misma en lo que atañe al juicio que merece una novela o un poema —según su criterio dos temas en los que nunca una verdad puede establecerse—. Pero sí lo está —y de qué manera— si se trata de preparar ciertos platos o de interpretar las sonatas de Beethoven o de recibir a las visitas con amabilidad. En esos tres terrenos soporta, pero no admite que le lleven la contraria; se mantiene firme en su convicción de que la norma de lo perfecto “es una especie de sencillez, de sobriedad y de encanto”.

Norma que no vale para definir la lectura. Desde niño Proust se entrega a ella con pasión casi enfermiza. Su arte para nombrar los objetos que lo rodean mientras lee, la manera en que arde el fuego en la chimenea vecina y su gracia para evocar las galerías heladas y tal vez desiertas de un hotel de provincias, parece que encuentran su tremendo secreto de magia literaria en la tensión

## LITERATURA

impresa fija para siempre y el que ella suscita en el interior del lector.

El hecho de leer no garantiza de por sí la existencia de una vida del espíritu. Abrir el volumen, inclinar la cabeza, ir pasando las páginas a medida que los ojos las vencen, puede ser una iniciación a esa vida que la lectura suscita, pero no pasa de ser un toque de diana —y según insinúa Proust, tampoco siempre lo es—.

Otro punto que toca más adelante a propósito del daño que la lectura puede hacer cuando se realiza en ciertas condiciones o se impone el hábito de la tradición ilustrada —retener el texto literal y no la vibración que nos empuja a puerto desconocido— es de un enorme interés.

Las páginas finales son espléndidas, de tal manera que la descripción de la lectura de un autor clásico aventura una hipótesis sobre lo que el tiempo elimina y lo que vence a la vez, donde Proust parece que empieza a decirnos lo que para él es lo eterno.

Olegario González Cardedal publica en *Trotta*, *Cuatro poetas desde la otra ladera*, *Unamuno*, *Machado*, *Jean Paul*, *Oscar Wilde*. Una frase de su autor para orientarnos en los desarrollos tan inteligentes de temas tan difíciles: que “poesía y teología son hermanos gemelos”. Porque lo son, la inquietud cristológica de González Cardedal encuentra horizontes dilatados a la hora de explorar lo íntimo de la persona

creada entre su entrega a la lectura y lo que el medio a su alrededor le exige de interrupción de la misma.

Menciona Proust a Ruskin y le lleva la contraria en lo atañadero a enterarse de lo que es leer. Según Ruskin se trata de una conversación con grandes espíritus del pasado que nos enriquece notablemente. Proust piensa que no hay tal conversación. Hay algo así como dos monólogos: el de la letra

de Jesús. Ésa es su gran preocupación y eso es lo que busca: conocer mejor a Cristo gracias a las luces y a las sombras proyectadas por estos cuatro poetas.

Los dos primeros volúmenes de las *Obras completas* de Luis Rosales también aparecen en *Trotta*. Contiene el primero la poesía y el segundo su libro *Cervantes y la libertad*. El primero viene precedido por un estudio preliminar de Félix Grande y Antonio Hernández y el segundo por uno de Blas Matamoros. Los tres estuvieron muy cerca de Rosales, y lo tuvieron por maestro y amigo íntimo. Y a ninguno de los tres se le escapa que Rosales es un poeta muy poco parecido a los otros de su generación y en cuya obra se ha indagado poquísimos hasta el presente. Ahora es el momento de iniciar la relectura de *La Casa Encendida* y de preguntarse por lo que hay bajo su tan profusa meditación sobre Cervantes. También a mí me gustaría que se estudiara a Rosales desde su relación juvenil con lo que se entendía entonces por belleza y desde lo que fue después la poesía para él. Siempre me he preguntado si esa “renuncia” fue de carácter voluntario o si se la impuso como algo forzoso con lo que nunca terminó de reconciliarse.

En *Alianza Universidad* aparece un libro magnífico del profesor Harold Raley: *Julián Marías: una filosofía desde dentro*. Creo necesario destacar que su altura y el acierto constante que se

descubre en sus páginas, se debe no sólo a lo bien que Raley conoce el tema y a su arte para hacer suya una filosofía a la que se adhiere con entusiasmo, sino también a su deseo, tan intenso y tan noble, de que el mundo emerja hacia una situación donde el horizonte de la felicidad se haga más visible para el hombre. A un libro como éste, G. Marcel le hubiera llamado “una mediación creadora”: porque Ha-

rold Raley hace filosofía cuando expone la de Marías.

No sabíamos que el misterioso E. L. Doctorow acostumbrase a escribir ensayos. *Ragtime* (Muchnik Editores 1996) es demasiado novela y *Vidas de poetas* (Anagrama 1988) ni por un instante abandona su carga de lirismo, pero siempre dentro de lo más puro del arte narrativo. *Poetas y Presidentes* (Muchnik Editores, 1996) es un esfuerzo original por encontrar la clave de un país como Estados Unidos, mirando a sus grandes políticos y a algunos de sus grandes escritores. Puede ser que haya una idea buena para abrirnos paso en medio de la sencillez aparente del conjunto: que el escritor norteamericano es más consciente que ninguno de lo que tal vez sea (sólo tal vez) la inutilidad de la literatura. Porque lo paradójico consiste en que en última instancia no hay tal inutilidad. La literatura “descubre el significado, o la vida oculta, en la vida observable”.

El tomo quinto de las obras completas de Camus (Alianza Editorial 1996) contiene *El Exilio y el Reino*, el *Discurso de Suecia*, la tercera parte de los *Carnets* y *El primer hombre*. No está de más recordar que Camus es uno de los hombres de la década del cincuenta, años de la vigencia del pensamiento existencial, la guerra de Argelia, la invasión de Hungría por la Unión Soviética y la inclinación a la izquierda de muchos intelectuales europeos. Camus nunca transigió con una tiranía, escribió páginas

memorables contra la pena de muerte, defendió al hombre antes que a ninguna idea y superó en parte su tentación nihilista gracias a su sentido de la belleza. Guelbenzu presenta admirablemente la obra reviviendo lo que fueron para Camus los años últimos de su vida, desde la concesión del Nobel hasta su entrega a la redacción de *El primer hombre*.

Al siglo XVII hay que retroceder para gozar con *El Capitán Alariste* (Afaguara), de Arturo y Carlota Pérez Reverte. Una historia sencilla y complicada, ingenua y pícaro, muy graciosa y muy dramática. Pérez Reverte está convencido de que es posible ser feliz leyendo (entiéndase textualmente: en el momento mismo en que se realiza la lectura) y nos proporciona ese paraíso entre paréntesis, muy satisfecho de estar dotado para ello. Bien mal nacidos seríamos de no agradecerle a este querido Alejandro Dumas español y de nuestro tiempo, lo que con tanto desenfado nos regala. Esta vez la gratitud es menester extenderla a su hija Carlota Pérez Reverte. Parece que Carlota ha contribuido a reconstruir el escenario del Madrid de los Austria y que “aporta el punto de vista del narrador de la historia, el joven criado y paje Íñigo de Balboa”.

Y no hay manera —ni falta que hace— de que Miguel Delibes despegue de su tierra de Castilla. Lumen le publica *Viejas historias de Castilla la Vieja* (1997). Habla el narrador en primera persona, como si Delibes se confesara, pero él ya sabemos que pertenece

a la raza de los grandes púdicos y

## LITERATURA

que por tanto prefiere entremezclar sus confidencias con sus invenciones. En esta ocasión se trata del viejo tema del regreso a la tierra luego de ausencia larga. Como siempre, nos encanta topar con los personajes del autor de *La hoja roja* y también con su creciente melancolía.